

EL AMOR VERDADERO

Por DIEGO CALDERÓN

El hombre está hecho para amar y ser amado. Esta afirmación manifiesta una de las verdades más profundas y fundamentales de la existencia humana «la energía principal que mueve al alma humana es el amor. La naturaleza humana, en definitiva, en su esencia más profunda, consiste en amar. En definitiva, a cada ser humano se le encomienda una sola tarea: aprender a querer, a amar de modo sincero, auténtico y gratuito» (cf. Benedicto XVI, dic. 2009).

Algunas personas han intentado definir el amor limitándolo a un sentimiento, muchas veces vago e indeterminado, relacionado solamente con el afecto, productor de una serie de emociones, experiencias y actitudes. Otras han desvirtuado el concepto de amor identificándolo únicamente, con el placer sensible, sobre todo el carnal. Finalmente, están los que afirman que el amor consiste en la donación de uno mismo a otra persona.

El amor verdadero no puede depender exclusivamente de emociones, ni limitarse a un puro sentimiento variable. Los sentimientos varían y están sujetos a realidades como los años, los lugares, los gustos, los estados físicos y las emociones, entre otros. Por el contrario, y aunque no esté de moda, el verdadero amor rechaza las barreras del tiempo, de lugar y circunstancias; ya que está animado por la constancia y la fidelidad: “te amaré para siempre”. De esta forma, el amor sincero va más allá de un simple sentimiento porque afronta y supera las dificultades y los momentos espinosos, haciendo de estas contrariedades, oportunidades para demostrar el cariño que se siente por la persona amada.

Pretender reducir el amor sólo a lo sensible y placentero es una contradicción que encierra un profundo egoísmo, sólo se busca la propia satisfacción, lo contrario al amor, en que se busca la felicidad del amado.

Amor verdadero se define como donación, identificación, entrega y diálogo con la persona amada. Desde esta perspectiva, el amor es un continuo salir de sí mismo para buscar el bien del otro.

El amor auténtico se puede identificar por las innumerables cualidades que lo rodean. Entre esas características sobresale la del sacrificio. La Beata Madre Teresa de Calcuta solía decir: “ama hasta que te duela y cuando te duela entenderás qué es el amor”. De este modo, podemos entender que el amor se prueba, como el oro, en el crisol de las contrariedades. En esa dimensión del sacrificio y de la donación hacia la persona amada se

encuentra la auténtica disponibilidad y decisión a pronunciar el Sí de la fidelidad y del compromiso para siempre.

San Pablo nos ayuda en la descripción del amor verdadero: «El amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse, ni guardar rencor; es no alegrarse de las

injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo» (1 Cor 13, 4- 7)

En conclusión, el amor humano encuentra su fuente y valor en Dios. El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y Dios mismo es amor. Por eso, la vocación al amor es lo que hace que el hombre sea la auténtica imagen de Dios: es semejante a Él en la medida en que ama de forma auténtica y verdadera (Benedicto XVI, junio 2005). En el ejercicio de su vocación al amor, el hombre encuentra la plenitud del amor en Dios y es Dios mismo la base de su amor hacia las demás personas.

**...la vocación al amor
es lo que hace
que el hombre sea
la auténtica
imagen
de Dios...**